

PSICOLOGIA DE LA LIBERACION: DIFICULTADES DE UNA BUSQUEDA

*Ignacio Dobles O.**

En este ensayo pretendo echar una mirada a la tarea, llena de vicisitudes, de construir una psicología que responda a los intereses de las mayorías de nuestros pueblos, que, pese a los espejismos de leyes implacables de mercados y de superdesarrollo, siguen debatiéndose entre la miseria cotidiana del hambre, la pobreza, la ideologización, el consumismo, la violencia y las discriminaciones por clase, etnias o géneros.

Esta reflexión, acerca de los alcances y las limitaciones de nuestras acciones, quisiera hacerla con referencia a nuestra propia experiencia, que creo ha servido para sacar a flote algunas de las contradicciones de nosotros, los psicólogos y las psicólogas, en estos caminos de la vida que nos desconciertan y nos retan. En todo caso, se trata de compartir una vivencia, examinándola a partir de las propuestas hechas por Martín-Baró (1986, en Jiménez y Pacheco, 1990) y las elaboraciones que de ellas se derivan.

Haré mención, brevemente, a dos esfuerzos en los que he estado involucrado en los últimos tiempos: el intento de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica de llevar a la práctica un plan de estudios que aborde directamente problemática de relevancia social, y las actividades del Programa sobre Implicaciones Psicosociales de los Derechos Humanos, de la Escuela de Psicología y el instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad de Costa Rica.

Empecemos entonces por las cadenas. Esa imagen, de una disciplina que sirva para librarnos de las cadenas que nos oprimen la existencia, especialmente las que operan en las mentes, es la que tomó prestada Martín-Baró de la Teología de la Liberación para perfilar las tareas de una disciplina que no fuese indiferente ante la mirada a veces cautelosa, a veces intrigada, pero siempre expectante, de los que "están a las veredas de los caminos", esperando el aporte de los y las psicólogas, como planteara Martín-Baró en una conferencia pronunciada en la Universidad de Guadalajara en 1989 (Pacheco y Jiménez 1990).

Para llevar a cabo este cometido, nos recordaba este autor, la Psicología tiene que lidiar primero con sus propias cadenas. En la conferencia citada, 'Retos

* Profesor de la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica.

y perspectivas de la Psicología Latinoamericana», encontramos, hablando con toda franqueza, un diagnóstico poco optimista acerca de los alcances de nuestra disciplina, que, sin ignorar la indudable presencia que tiene en la sociedad, crecientemente psicologizada, poco habría hecho para contribuir a la liberación de nuestros pueblos.

Esta presencia de la Psicología seguramente se incrementa día a día, ayudada por el descrédito en que parecen haber caído por el momento teorías de alcance más estructural o social. Martín-Bará no dudaba de que la Psicología tuviese, pese a las afirmaciones sobre lo contrario, "relevancia social", lo que cuestionaba era el carácter específico de esa "relevancia".

En nuestro país, podemos constatar cómo los psicólogos y las psicólogas pretenden iluminar en torno a cómo tener una vida sexual técnicamente apropiada, cómo evitar los peligros de la violencia juvenil (siempre la juvenil) o de la música satánica, cómo propiciar relaciones adecuadas en las empresas, fomentar visiones 'apropiadas' acerca de lo que es la familia o la maternidad, etc. En cierto sentido podríamos hablar del "complejo pastoral de los psicólogos". Pero, poco han ayudado los psicólogos y las psicólogas (las excepciones no hacen sino confirmar la regla) en fortalecer la autonomía de los grupos, la identidad social, la riqueza cultural y comunicativo en la diversidad, para, en breve, hacer que las personas tengan mayor control sobre sus propios destinos, lo que para Montero (1992) es componente esencial de una Psicología de la Liberación.

Esto lleva a la discusión acerca del "compromiso político" del Psicólogo. Si entendemos la política en su doble acepción (Gallardo, 1986) de poder y de construcción de comunidad, podemos entender este papel, desde la perspectiva de una Psicología de la Liberación, como el de potenciar la posibilidad de las personas y de los grupos de ejercer control sobre sus propias vidas, y de, al hacerlo, construir identidades sociales sólidas.

Para el psicólogo esto tiene poco que ver con una concepción vulgar de la política, o de las responsabilidades específicas que se pueden derivar de una práctica partidaria concreta para el psicólogo. Se trata del asumir, desde su profesión, un papel de compromiso.

¿Cómo hacerlo? por supuesto no hay respuestas fáciles, pero en lo que a la Psicología se refiere, por lo menos desde principios de los años 70, las corrientes de la Psicología Comunitaria Latinoamericana nos han enseñado, pese a todas las dificultades encontradas, que lo primero es trabajar no para la gente ni por la gente, sino con la gente, siendo a la vez sujetos de la acción, es decir, "gente"

también. Todo esto, dicho sea de paso, sin "idealizar" a la gente. Estas enseñanzas se derivan de otras disciplinas que con anterioridad a los y las psicólogos transitaron el camino de nuestras comunidades, tan cargado de historias, de frustraciones y también de esperanzas.

Sin embargo, los psicólogos y las psicólogas, con las mejores intenciones, han contribuido a desmembrar y desarticular grupos u organizaciones al fomentar proyectos por sectores, que no responden a la organización o lógica del grupo, como por ejemplo, con microproyectos productivos para mujeres, que las desarticulan de la posible organización productiva global de una comunidad, o con algo más común, como la insensibilidad acerca de las necesidades o expectativas de grupos diferentes a los de su propia procedencia cultural o de clase.

Hoy en día, temo decirlo, el diagnóstico de Martín-Báró no sería menos pesimista de lo que fue en 1989. Veamos lo que ocurre en el plano formativo. Creo que en buena medida los formadores de psicólogos y psicólogas, en nuestras tierras latinoamericanas, estamos preparando a los futuros psicólogos y psicólogas para que actúen en países inexistentes. Y cuando descubramos por fin, con certeza, la realidad en que nos encontramos, descubriremos muchas veces que las herramientas con las que hemos trabajado, incluyendo las teorías estudiadas, tienen pocas respuestas para los problemas concretos, específicos, de carne y hueso, de la mayoría de los que habitan, o pretenden hacerlo, estas realidades tan desalientes en su exigencia cotidiana.

Una defensa común, ante estas carencias, sería resguardarse en la *técnica*: la psicología aplicada con algo más de receta que de psicología, o ampararse en alguna de las últimas modas teóricas o metodológicas, que quién sabe por qué resultan siempre ser "importadas".

Una Psicología de la Liberación, escribía Martín-Baró (Jiménez y Pacheco, 1990), tendría que enfrentar los problemas de los pueblos latinoamericanos. De ser así, el eje de la estructuración curricular de nuestros esfuerzos Normativos debería contemplar los problemas relevantes de nuestras realidades que sean susceptibles de abordaje psicológico. Nótese, a contrapelo de lo anterior, que algo tan básico como los procesos agrarios, en un país agrícola como el nuestro, estuvieron ausentes de nuestro plan de estudios hasta el año 1990.

¿Cómo hacerlo? los postulados de una psicología que no se preocupe en exceso por "estarse viendo el ombligo" sino por estar dando respuestas a los problemas, lleva a que, necesariamente, el abordaje de éstos permita permear fronteras, feudos, en las esferas del conocimiento y no sólo las fronteras dentro de

nuestra disciplina, tan cuidadosamente tejidas y resguardadas, sino también en relación con otras disciplinas, siguiendo aquel principio ontológico de que la realidad no se desdobra como lo puede hacer la organización del conocimiento.

Como se ha dicho tantas veces, y practicado tan pocas, un ser humano real, con su problemática integral, requiere de abordajes integrales.

Todo lo anterior lleva a un camino plagado de equívocos, que dicen mucho acerca de las contradicciones de nuestra disciplina. A partir del año 1990, la Escuela de Psicología de la Universidad de Costa Rica decidió emprender un cambio curricular, con la búsqueda de una Psicología "de cara a la realidad", con capacidad para investigar y para intervenir en áreas sensibles de la realidad nacional.

A la vez que profundizamos el trabajo en áreas problema ya trabajadas por la psicología criminológica, educativa, laboral, intervención en crisis de la salud, entre otras, también detectamos otras áreas de mayor originalidad: desarrollo y organización comunal, discriminación social, procesos políticos, procesos religiosos, etc.

Uno de los primeros problemas enfrentados, ya en la experiencia práctica, consistía en el planteamiento de algunos estudiantes, sujetos de esta experiencia, en el sentido de que si esa era una psicología de "cara a la realidad", era preferible no encarar esa realidad.

Tal vez se pensaba en futuros con consultas privadas rebotantes de dientes, algo que la estructura social y económica de nuestro país es simplemente incapaz de proporcionar, por lo menos en las proporciones requeridas. En esta perspectiva, no calza el trabajo en comunidades o el de trabajar en lo que despectivamente se entiende como una "psicología para los pobres".

Si la realidad es de abuso a menores, desempleo, problemas de subsistencia, desorganización comunal, etc., mejor entonces dedicarse a estandarizar y aplicar tests, o a buscar elaborados discursos que nos alejen de ese indeseable cuadro. Es decir, si esa es la realidad: ¡peor para la realidad!

Por supuesto que cada quien tiene derecho a forjar sus propias opciones o fantasías, pero el "meter la cabeza en la arena" no ayudará, por supuesto a avanzar en un proyecto que necesariamente ha de ser colectivo de una psicología que desde la clínica, desde las aulas, desde las fábricas contribuya a una mayor potenciación del ser humano. Así que, y valga el ejemplo citado, el primer problema en esta liberación de la Psicología sigue siendo el no querer ver los problemas de la propia realidad, y no es un problema exclusivo del estudiantado.

Este no ha sido, por supuesto, el único tropiezo en el camino, en lo que se refiere a ejecución de un nuevo plan de estudios. Quiero mencionar dos de los errores cometidos en un proceso que, sin duda, pese a estas dificultades ha dado resultados valiosos. En primer lugar, no llevar a cabo un proceso de capacitación y preparación de las y los académicos en función de la nueva propuesta curricular y, en segundo lugar, problemas de orden práctico, incluyendo problemas de recursos.

Un serio obstáculo ha sido el individualismo que caracteriza a la población de psicólogos y psicólogas y las limitaciones que ello ha significado para la coordinación y el trabajo en equipo. Otro aspecto que merece un comentario más detenido tiene que ver con las dificultades del encuentro interdisciplinario.

La estructura curricular que adoptamos, teóricamente, facilita el encuentro con otros profesionales y de hecho tenemos experiencias fecundas con comunicólogos y sociólogos, en los módulos de psicología y comunicación de masas y de procesos agrarios. Sin embargo, el encuentro interdisciplinario crea angustia, incertidumbre y muchas veces una búsqueda mal planteada de la "especificidad psicológica" lleva a los psicólogos y psicólogas a ampararse en lo que menos conducirá a la inter, o mejor aún, transdisciplinaridad: me refiero a las definiciones apriorísticas que niegan cualquier posibilidad de flexibilidad, imaginación y capacidad de diálogo.

También está presente, para otras disciplinas, la tentación de ubicar al psicólogo o la psicóloga repetidas veces en el lugar exclusivo de lo "clínico" malentendido, es decir, como aquel que se encarga de los "casos raros" que los otros profesionales no pueden manejar. Esto se asienta en un planteamiento dicotómico, equivoco, entre lo "social" y lo "clínico", al que hemos contribuido los propios psicólogos y psicólogas.

De esta manera estos "casos atípicos" no serán entendidos en el marco de los procesos sociales globales de los que forman parte y de los que son producto. Tampoco se entenderá, con esta lógica, que las intervenciones grupales, educativas o comunitarias tendrán importantes implicancias terapéuticas o preventivas.

La Psicología de la Liberación que visualizaba Martín-Baró, que al minar su fructífera vida fue perfilándose cada vez más como una Psicología Política (ver Martín-Baró, 1991) planteaba la tarea fundamental de construir identidades sociales fuertes, con una clara recuperación de la memoria histórica, y con la construcción de esquemas democráticos de verdadera participación de los

ciudadanos en los asuntos públicos. Estas tareas siguen estando tan vigentes como antes. Y cuanto más parecen alejarse algunos políticos de estas realidades con discursos altisonantes, los hechos parecen ser contundentes para desenchufar discursos, como el video de Juan Luis Guerra.

En esta perspectiva, el concepto del "compromiso crítico" cobra una importancia fundamental. Es decir, el rechazo a una asepsia de la Psicología como la que aún defienden psicólogos como Rodríguez (1989), o esa separación entre teoría y práctica que ha llevado a otros, como Marín (1990), a plantear que los psicólogos deben elaborar las teorías psicosociales que otros aplican. El compromiso crítico implica adoptar una perspectiva, la de los anhelos, las esperanzas de las mayorías populares, pero con la rigurosidad científica necesaria para escudriñar de raíz, es decir, de manera radical, crítica, también los proyectos que emanen de los sectores populares.

Un ejemplo al respecto, que ha sido muy fecundo en nuestro país, es el trabajo que tiene que ver con el abordaje de violencia ejercida contra la mujer o contra los niños, trabajo que han llevado adelante diversas organizaciones no gubernamentales con una participación decidida de psicólogos y psicólogas.

A estos compañeros y compañeras les resultaría muy curioso, por decirlo de alguna manera, que les solicitaran guardar "distancia" y "prudencia" científica ante los problemas que están abordando, o que se les diera el encargo de elaborar teorías para que otros las apliquen. Desgraciadamente, lo que ha sido muy claro en este campo de acción psicológica ha resultado particularmente opaco para otras necesidades de grupos sociales de nuestro país. Expectantes ellos, a las veredas de los caminos.

La construcción de una psicología que coadyuve a procesos de liberación grupales o individuales, en el sentido antes referido, conlleva retos éticos insoslayables, y también ubica uno de sus dilemas principales en la forma en que se aborde la relación entre teoría y práctica, en un quehacer en que se construyen realidades a la par de aquellos sujetos con que se interactúa, y al hacerlo se busca potenciar recursos e identidades de estos sujetos.

La vivencia de las fracturas creadas por el resquebrajamiento de condiciones elementales de vida crea, junto con la desesperanza y la angustia, la posibilidad de reconstruir identidades y estructuras personales y grupales como respuesta a la situación de vejación. El segundo ejemplo que quiero mencionar en este trabajo remite a los intentos de articular un trabajo psicológico como el

titulado "Implicaciones psicosociales de los Derechos Humanos"¹. En esta línea nos hemos encontrado con abogados, enfermeras, sociólogos, historiadores, dirigentes gremiales y campesinos y campesinas, activistas de derechos humanos, etc.

El tema de los Derechos Humanos, como planteara Sayater (1991), se ha prestado a numerosos usos y abusos. Podría incluso pensarse, como le ocurre a los organismos que en nuestro país trabajan en este terreno, que hablar de "Derechos Humanos" en un país como Costa Rica es un abuso, a la par de lo que ha ocurrido en otras naciones centroamericanas. Esto no es, sin embargo, sino un vano consuelo, dado el pronunciado deterioro de la situación en nuestro país, en diversos ámbitos de la vida social (Comisión Costarricense de Derechos Humanos, 1993).

Desgraciadamente, este tipo de pensamiento, aunque resulte cómodo, no se ajusta a nuestra realidad, y el viejo argumento de que "mi vecino está peor que yo" solamente servirá para ocultar y evadir mis propias desgracias, que a fin de cuentas responden a mi historia y a mi contexto.

Hemos intentado trabajar desde una perspectiva integral de los derechos humanos, en la que se interrelacionan los derechos llamados de "primera generación" (civiles y políticos) con los económico-sociales y culturales, y los que atañen a nuestros pueblos como tales (derechos de segunda y tercera generación) y con el precepto que la defensa y la promoción de los derechos se deben articular fundamentalmente *desde los grupos de base organizados* que, en nuestras condiciones, son los primeros interesados en que se cumplan los derechos establecidos en las Convenciones o las Doctrinas.

En este campo de acción, en el contexto costarricense en que se tiende a negar la existencia de violaciones a derechos básicos, la relación entre las doctrinas y las realidades es un eje de trabajo sumamente fructífero, ya que es fácil evidenciar las contradicciones, las fracturas, y éstas tienen consecuencias psicosociales importantes.

Una de las experiencias concretas que hemos venido desarrollando desde hace unos tres años ha implicado un trabajo conjunto con la Comisión Costarricense de Derechos Humanos en la Zona Sur del país, en Bahía Pavones de Golfito.

¹ Ver Escuela de Psicología, Instituto de investigaciones Psicológicas, 1993.

Hemos trabajado con un asentamiento campesino, de precaristas que invadieron tierras a partir de 1985, y que las han cultivado y desarrollado, con la particularidad de que buena parte de las tierras eran propiedad de sociedades instaladas por narcotraficantes, dos de los cuales se encuentran cumpliendo penas en cárceles de los Estados Unidos.

A lo largo de estos años, este grupo de campesinos, aproximadamente 120 familias, han sufrido cárcel (incluyendo mujeres y niños), un total de 19 desalojos de sus tierras, numerosos heridos, y un campesino asesinado en 1991, además de un sinnúmero de intimidaciones y procesos legales (Cf. Dobles, 1994). A pesar de este historial tan intenso, y el desgaste lógico de varios años de constante brega, han logrado mantener sus posiciones y obtener importantes conquistas.

Nuestro proyecto, sobre la base de un esquema de investigación participativa, ha implicado trabajar en torno a tres ejes principales: la vivencia de la violencia, los procesos organizativos y la identidad y la memoria histórica. Entendemos que estas dimensiones, separables para fines analíticos, se relacionan entre sí, indisolublemente.

Hemos llevado a cabo unas 11 visitas a la zona, en las que hemos realizado talleres con hombres, mujeres, jóvenes y niños, entrevistas grupales e individuales, así como atención a problemática individual, y también hemos trabajado con la comunidad en desplazamientos a la ciudad capital, cuando han tenido que movilizarse para presionar por sus derechos.

Llevar a cabo este trabajo nos ha puesto, en el microcosmos en que nos ha tocado desarrollarlo, cara a cara con la problemática de intentar construir, desde nuestras fracturadas realidades, una psicología que trabaje con la gente, y que responda a sus necesidades. No es mi intención, al citarlo como ejemplo, discutir la metodología que hemos utilizado y el trabajo concreto realizado (ver Dobles, 1994). Por el momento quisiera enumerar algunos de los retos que un esfuerzo de este tipo ha implicado para el grupo de investigadores e investigadoras que lo hemos enfrentado, y que se relacionan con las dificultades que hemos venido analizando en desarrollar una Psicología de la Liberación.

1. En primer lugar, hemos tenido que emprender el arduo camino de construir equipo, enfrentando y compartiendo nuestras propias fantasías, debilidades y expectativas, y resistencia ante el trabajo en equipo. Esto, ante la interpelación que implica trabajar con un sector social desposeído, ha sido un proceso a veces difícil, en que hemos tenido que enfrentar nuestro propio individualismo y en que hemos visto reflejados, en nosotros como grupo y como

personas, algunos de los rasgos negativos que hemos identificado en el proceso de los campesinos.

Esto último implica, para poner un ejemplo, lidiar con el hecho de que los problemas de desorganización o de falta de comunicación que identificamos en el asentamiento, y en torno a los cuales trabajamos, atraviesan también a nuestro propio grupo, de investigadores, con su consiguiente saldo para nuestros propios procesos. Ha requerido una alta dosis de franqueza y de valentía el trabajar estos aspectos del quehacer investigativo, que solemos negar.

2. Ha implicado el reto de trabajar con la organización campesina, planificando con los dirigentes y activistas de la misma las actividades a realizar, enfrentando nuestra necesidad, producto de nuestra deformación de buscar seguridad en técnicas y recetas que se han estrellado contra una realidad que nos ha obligado a una mayor creatividad. Esto no quiere decir, de manera alguna, que las técnicas y el conocimiento especializado no hayan sido útiles, pero han tenido que subordinarse al esquema básico de trabajo participativo, que hemos intentado mantener.

Esto ha implicado, también, desbaratar una serie de estereotipos que inadvertidamente hemos asimilado en nuestros propios procesos de socialización acerca de las características y potencialidades de la población rural de nuestro país.

Este trabajo nos ha interpelado como personas.- Por ejemplo, el abandonar el rol del "científico" que va en sus "giras" a la zona para recibir en nuestros propios hogares a los campesinos cuando se han desplazado a la ciudad ha significado una interesante inversión de la situación.

3. Hemos trabajado directamente el problema del poder, en sus diversos ámbitos, en las relaciones con el Estado y con el Gobierno, pero también en las relaciones familiares y de pareja. En este sentido, nosotros mismos implicamos poder, de cierta manera, y esto también lo hemos tenido que ir ubicando. Una consecuencia de esto es el intentar no fomentar dependencia en los sectores con los cuales se trabaja, lo que no ha resultado fácil.

El reto de construir una práctica profesional que contribuya al desarrollo de esa Psicología de la Liberación que propuso Martín-Baró es un desafío a nuestro compromiso, y también a nuestra capacidad técnica y científica. Lo emprendemos como seres humanos con nuestras propias cadenas y debemos estar dispuestos a enfrentarlas.

Los ejemplos que he citado, de los cuales no se deriva receta alguna, sino toda suerte de inquietudes, nos han demostrado cómo el compromiso ético y profesional implicado en la intención de construir una disciplina que libere cadenas pasa por nuestras propias ataduras, que no son pocas, y por una interpelación que traspasa roles y apunta a lo esencial: el grado de compromiso efectivo, real, que tengamos, pese a los costos que implique, con un proyecto de humanidad.